

CUENTOS ILUSTRADOS PARA NIÑOS

CAPERUCITA ROJA



RAMON SOPENA
PROVENZA 93-97. BARCELONA.

LA AVENTURA MÁGICA DE LOS CUENTOS DE HADAS: LA ESPERANZA COMO SUEÑO CUMPLIDO

Santiago Yubero

Director del CEPLI (Universidad de Castilla-La Mancha)

¡Para comerte mejor! ...Y diciendo estas palabras, este lobo malo se abalanzó sobre Caperucita Roja y se la comió. ¿Quién no ha escuchado este diálogo y quién no se ha estremecido la primera vez que lo escuchó? La verdad es que el cuento original escrito por Perrault en 1697 acababa así, con la abuela y la niña devorados por el animal. Sin embargo, el cuento de Caperucita Roja que nos llegó a casi todos nosotros fue el que difundieron los Hermanos Grimm en 1812 en su obra: “Cuentos de la infancia y del hogar”, reescrito y suavizado para que un cazador liberase a la niña y su abuela de la barriga del lobo y el animal fuera castigado por su maldad. Es, entonces, cuando el cuento se dirige a los niños y a las niñas, porque en su origen se trataba de un cuento para adultos; en concreto, para las mujeres jóvenes. Debemos saber, que hasta el siglo XIX los cuentos de hadas no se convirtieron en literatura infantil. Lo que muchas personas tampoco saben es que el cuento de Caperucita Roja tenía al final una moraleja escrita en la que instaba a las mujeres jóvenes a no escuchar a cualquiera con complacencia, porque podían ser engañadas por “lobos” zalameros que, con dulzura y engaño, se dedican a perseguir y acosar a las damiselas. Ni más, ni menos.

Entonces, siempre me lo he preguntado, seguramente como otras muchas personas que han escuchado y/o leído este cuento a lo largo de más de 300 años: ¿por qué el lobo se comió a Caperucita? Vamos a pensarlo juntos. ¿Se la comió porque al lobo le domina su instinto animal?, ¿por qué es un animal malvado?, ¿por qué tenía hambre?, ¿por qué la niña es una ingenua?, ¿por qué se trata de una chica desobediente que no atiende a los consejos de su madre?, ¿por qué Caperucita es una atrevida aventurera y le gusta correr demasiados riesgos?, ¿por qué el lobo es realmente un hombre y ejerce su supuesta superioridad sobre la mujer?,... Sin duda, hay muchas más posibilidades de respuesta y, aunque Perrault y los Hermanos Grimm tenían las suyas, la verdadera magia de estos cuentos es que todos nosotros tenemos nuestras propias respuestas; porque los cuentos de hadas no pretenden describir el mundo tal cómo es, sino remover nuestros procesos personales internos ante los conflictos, para ofrecernos esperanza sobre nuestro futuro y ofrecernos una salida ante los atropellos de la vida.

Como nos dice Cashdan (2000), cuando considera los cuentos de hadas como aventuras mágicas que también ayudan a los niños y a las niñas a encarar los conflictos que forman parte de la vida diaria. Así es, porque también hemos de tener en cuenta la necesidad que tenemos los humanos de que nos vean, nos escuchen, nos atiendan, tengamos un valor para los demás, nos necesiten, ..., nos quieran. Y esa necesidad puede volverse peligrosa si nuestra experiencia no nos permite evaluar correcta-

mente el mundo que nos rodea. Para esto sirve también la literatura, para leer el mundo y entenderlo. Desde luego, a nuestra manera desde el contexto y la cultura en la que nos desarrollamos.

Pero, ¿por qué los cuentos de hadas han sido y son tan atractivos? Seguramente, como afirma Bettelheim (1975), porque se presentan ante nosotros de una manera sencilla y simple, que no exige nada al que escucha y esto nunca nos hace sentirnos inferiores, dándonos la seguridad necesaria para afrontar los conflictos.

Ya se ha demostrado que entre las funciones de nuestro cerebro está la de construir narrativas, que nos ayuden a entender y salir de los conflictos (Breithaupt, 2023). Estas narrativas existen porque son necesarias y no solo sirven para describir y justificar las situaciones, sino que son ellas mismas las que forman parte de las posibles soluciones. La narrativa nos ofrece una recompensa emocional y esas emociones son las que perseguimos cuando desarrollamos el hilo de una historia. Y en este punto es cuando podemos entender que las respuestas que elijamos sobre por qué el lobo se come a Caperucita, construyen la narrativa que, en sí misma, integra la solución al conflicto planteado en la historia; ayudándonos, como nos adelantan los estudios de neurociencia, a anticipar y predecir lo que puede llegar a ocurrirnos.

Nuestro cerebro busca reducir la incertidumbre y anticiparnos al futuro. Y los cuentos de hadas, con su narrativa esperanzadora, nos ayudan a sentir que, a pesar de todo, las cosas nos irán bien. Por ello, nos cuesta aceptar a todos aquellos que quieren buscarnos las respuestas a por qué el lobo se comió a Caperucita, para forzarnos a elegir su propia visión. Mirar los cuentos de hadas no como una aventura mágica, sino como historias que han de ser reescritas, solo les está permitido a autores geniales como Roal Dahl (“Cuentos en verso para niños perversos”) o Fernando Alonso (“El secreto del lobo”) y a muy poquitos más. Todos los demás, como decía Pedro C. Cerrillo: “¡Dejad en paz a Caperucita!”.

El Centro de Estudios para la Promoción de la Lectura y la Literatura Infantil (CEPLI) de la Universidad de Castilla-La Mancha ya tiene una larga tradición de muchos años en la edición de facsimilares de cuentos y libros, editados en colaboración con el Servicio de Publicaciones de nuestra universidad, que forman parte de los más de 3000 ejemplares de su Fondo Antiguo. Precisamente, en la celebración del 25 Aniversario de la creación del CEPLI, que se cumple en este 2024, hemos querido editar un facsimilar especial cargado de recuerdos, emotividad y de historia, del personaje favorito de nuestro querido Pedro C. Cerrillo. Se trata de un álbum de

cromos, que a él le hubiera encantado y que esperamos que a vosotros os parezca mágico: **¡Para disfrutarlo mejor!**

Bibliografía de referencia

- Bettelheim, B. (1975). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Crítica.
- Breithaupt, F. (2023). El cerebro narrativo. Lo que nuestras neuronas cuentan. Sexto piso.
- Cashdan, S. (2000). *La bruja debe morir. De qué modo los cuentos de hadas influyen en los niños*. Debate.

UN DIÁLOGO DESCONCERTANTE Y CAUTIVADOR

Josep Ballester-Roca
Universitat de València

Siempre he pensado que *Caperucita Roja* es el cuento más inquietante y enigmático del extraordinario legado con el que la narrativa de tradición oral nos ha obsequiado. Y qué me dicen del fascinante diálogo que se establece entre dos de los personajes más célebres de los relatos populares de la humanidad. Cómo olvidar las palabras de aquella fiera disfrazada de abuela que, con dilación, y quizá también con cierto grado de sadismo, propio de un verdugo educado en este arte, acosa a la víctima. Pero también con cierto refinamiento florentino, tal y como acaba se aprecia en su forma de responder a la batería incesante de preguntas de la niña. De hecho, todavía me recorre el frío metálico que me atravesó el cuerpo si recuerdo la frase “para comerte mejor”, e incluso recupero la voz tenebrosa del familiar que me lo contó por primera vez. Con solo tres palabras preludiaba el crimen que iba a cometerse de una manera tan impune. Recordemos que en la versión de Charles Perrault no hay ningún cazador o leñador que venga a salvar a la niña de rojo, como ocurre en la versión más cargada de moralidad victoriana de los hermanos Grimm.

Luego se ha sabido que este cuento venía de una tradición oral muy lejana, un ancestro narrativo, una serie de historias bastante truculentas, donde hay incluso canibalismo, sexo y el encuentro en la cama con un peligroso enemigo. Normalmente no tenían una clara moral detrás, pero sí que la protagonista lograba escapar. Sin embargo, no hay duda de que a partir de la tradición y del folclore cada recopilador ha ido transformando la historia de acuerdo con el contexto y sus intereses. Desde que los cuentos de hadas se han transformado en literatura infantil, los aspectos más morbosos o de temática más sexual han desaparecido. Los Grimm, en la segunda edición de sus relatos lo dejan muy claro: “...hemos eliminado cuidadosamente cualquier frase no apropiada para niños”.

Charles Perrault escribió “Le petit chaperon rouge” en 1697 para la suntuosa corte del Rey Sol. Desde ese momento hasta la actualidad, semiólogos, etnógrafos, lingüistas formalistas, psicoanalistas, didactas de la formación literaria, antropólogos y estudiosos de la más diversa índole no han parado de interpretarlo. El cuento escrito por Perrault no iba dirigido a los más pequeños sino a la aristocracia, más en concreto para las adolescentes de esta clase social. Por un lado, se intentaba divertir, pero al mismo tiempo aleccionar. Después tenemos las versiones de Ludwig Tieck en 1800 y los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm la rescriben en 1812 bajo el título de “Rotkäppchen”, con una mirada en la que las obligaciones y los cánones de la época se encuentran bien presentes. La niña de rojo necesita a un hombre que la salve, por lo que un paternal cazador la rescata del estómago de la fiera y les da una segunda oportunidad a la nieta y a la abuela. Esta transformación se produce en las dos versiones alemanas. Además, la lección y la moraleja siguen: sé obediente y no

hables con extraños. Después, como no podía ser de otra forma, la crítica feminista se ha pronunciado y ha apuntado hacia este aspecto.

A partir del siglo XX Caperucita y el lobo han vuelto a la vida de muy diversas formas y pelajes. Estoy convencido de que se trata de dos de los personajes más tratados y versionados en la cultura contemporánea. Hay un filme de animación de Tex Avery del año 1943, *Red Hot Riding Hood*, en el que la niña símbolo de la inocencia se transforma en una cantante y bailarina de un local de estriptís. En esa esquina entre Hollywood Boulevard con Vine Street, en el legendario ámbito de los más famosos clubs de la historia, encontramos al lobo elegante, loco de amor por Caperucita, pero ella no atiende a sus requerimientos amorosos y la abuela como regenta de un burdel. En cierto modo es la contestación o la otra cara frente a Walt Disney que en 1937 había realizado *Blancanieves y los siete enanitos*, el primer largometraje de animación de todos los tiempos. Ahora, Caperucita es una jovencita declaradamente sensual, segura, independiente y nada incauta. A propósito, más tarde, el sector publicitario se ha adentrado sin excesivo miramiento en la transformación y adaptación del cuento y sus personajes para sus intenciones. La querida niña que fue el primer amor de Dickens y que de haber podido se habría casado con ella, ahora se ha convertido en una especie de *femme fatale* que anuncia un juvenil lápiz para los labios “rojo caperucita” que hará salir “los lobos a aullar”, vende una determinada marca de ginebra o nos revelará las maravillas de un magnífico coche deportivo. Ahora ya hace unos años, dentro de la campaña de Navidad, se lanzó un anuncio de Chanel Número 5 que me parece encantador: una joven belleza, en concreto, la actriz Estella Warren, recorre una mansión, en cuya bodega tiene guardada la fragancia maravillosa. Después de ponerse en las muñecas, se coloca la capucha roja de una seda o tafetán especial y se dirige hacia la puerta, donde, en el último momento, se gira y ubica el dedo sobre los labios para indicar silencio al lobo que aulla, triste y melancólico, ahora, sentado y obediente. La joven con una sonrisa, sale y aprecia la vista panorámica de París, dispuesta a pasar la velada con otra clase de lobos.

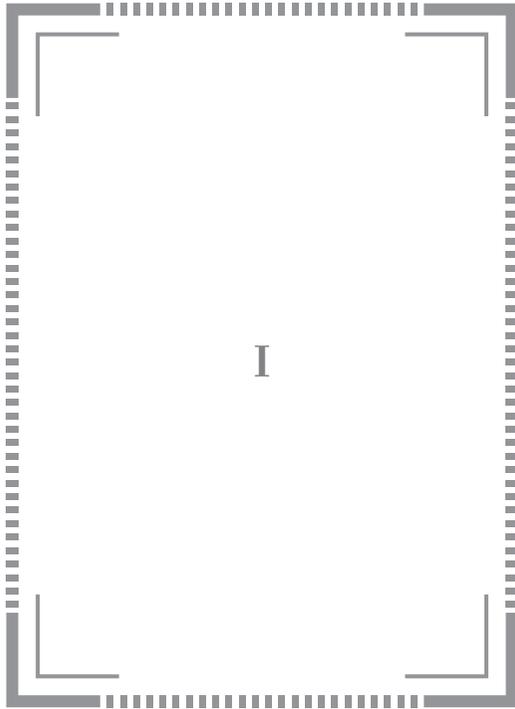
En música hay dos casos muy conocidos, uno de Sam the Sham y Pharaohs del año 1966, “Lil’ Red Riding Hood”, en la que el lobo persigue a la jovencita no para comérsela sino para pedirle una cita o el caso de “Caperucita Feroz”, escrita por el poeta Luis Alberto de Cuenca y que con tanto éxito cantaba Javier Gurruchaga a principios de los ochenta. A nivel literario existen algunos ejemplos extraordinarios, el primero sería el de James Finn Garner con sus célebres *Cuentos infantiles políticamente correctos* y un segundo sería el poema de Anne Sexton donde versiona la historia con la realidad cotidiana de una mujer como ella y configura un texto duro, radical y contemporáneo. Por último, podemos citar la subversión efectuada por Roald Dahl,

en la que sobre las posibles lecturas que se han realizado desde el psicoanálisis o del mismo feminismo, nos encontramos con una Caperucita que no solo mata al lobo, sino que al final se la ve pasear con un suntuoso abrigo de piel por el bosque.

Cada uno tiene sus predilecciones y, personalmente, siempre me gusta volver a los clásicos, y encuentro de una gran elegancia la versión del académico Perrault, con esas implicaciones de seducción o esas sugerencias, a veces, tan directas y por qué no la reaccionaria moraleja del final. “On voit icy que de jeunes enfants/ sur tout de jeunes filles/ belles, bien faites et gentilles/ font tres-mal d’écouter toute sorte de gens,/ et que ce n’est pas chose étrange/ s’il en est tant que le loup mange./ (...) Mais, hélas! Qui ne sçait que ces loups doucereux/ de tous les loups sont les plus dangereux!”. Es muy posible que los lobos más peligrosos sean siempre los más afebles o dulces. Y pueden esconderse detrás de cualquier máscara. Hay maravillas en las miles de interpretaciones que nos han regalado los artistas plásticos a través de sus creaciones, pero todavía me viene a la memoria la primera vez que contemplé, asombrado y fascinado, un dibujo de Gustave Doré. La escena donde se encuentran en la cama Caperucita y la presunta abuela con ese gorro de dormir y un lazo. Ambas bajo las mismas sábanas. Rodeadas de almohadas y cortinas bien voluptuosas. Forman una pareja, como ha demostrado la historia, inseparable y duradera. Cómo se miran, mejor dicho, cómo mira la niña a la abuela. Sabe que ese ser no es quien dice ser. ¿Cómo es posible que se haya introducido en la cama sin ropa? Y entonces comienza el cautivador diálogo que no me reprimo de reproducir:

—Abuela, ¡qué brazos tan grandes tienes!
—Es para abrazarte mejor, hija mía.
—Abuela, ¡qué piernas tan grandes tiene!
—Es para correr mejor, hija mía.
Abuela, ¡qué orejas tan grandes tiene!
—Es para oír mejor, hija mía.
—Abuela, ¡que ojos tan grandes tiene!
—Es para ver mejor, hija mía.
—Abuela, ¡qué dientes tan grandes tiene!
—¡Para comerte mejor!

Como podemos comprobar tras su lectura, no se detecta intención alguna de escapar por parte de la niña. En esa mirada, tanto de uno como de otro, ambos saben lo que sucederá unos momentos después: Y diciendo estas palabras, este lobo malvado abalanzó sobre Caperucita Roja y se la comió.

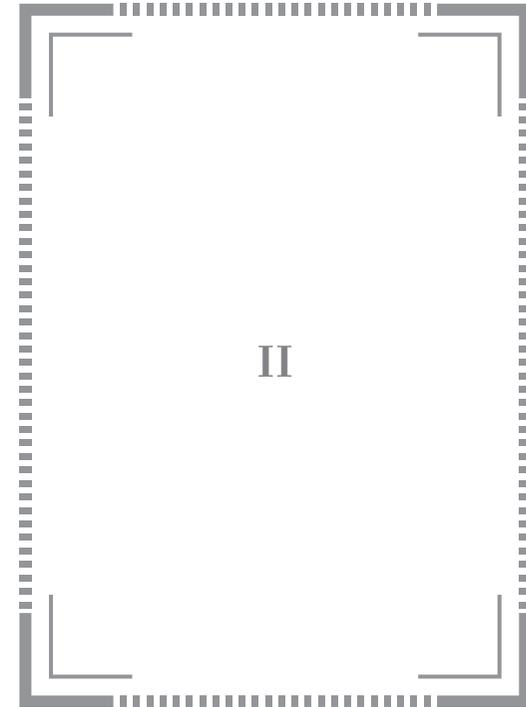


I

Erase una vez una niña tan bonita como puede imaginarse. Su madre la quería mucho y su abuelita todavía más. Esta buena mujer obsequiaba continuamente a su nieta, y cierto día hizo, para regalársela, una caperuza de lana colorada, tan graciosa y que le sentaba tan bien, que desde que la estrenó, en todas partes conocían a la niña por «Caperucita Roja». Además de ser muy linda, «Caperucita» era muy hacendosa y ayudaba a su madre en los quehaceres de la casa. Tan pronto limpiaba y planchaba y cosía, como se metía en la cocina y hacía exquisitos postres caseros a los que su abuelita era muy aficionada.

II

Cierto día en que había hecho unas tortas riquísimas, su abuelita, que vivía al otro extremo del bosque, se encontraba bastante enferma y temerosa del frío de la noche, no pudo aceptar la invitación de la madre de la niña. Entonces ésta dijo a «Caperucita»:
—Ve a ver como sigue tu abuelita; llévale unas cuantas tortas y un pote de manteca.
Y «Caperucita Roja», que quería mucho a su abuelita se apresuró a ponerse en camino y atravesar el bosque que separaba su casa de la de la anciana. Y como le gustaba mucho corretear y coger flores por el bosque, se marchó muy contenta, tocada con su gracioso gorro colorado.





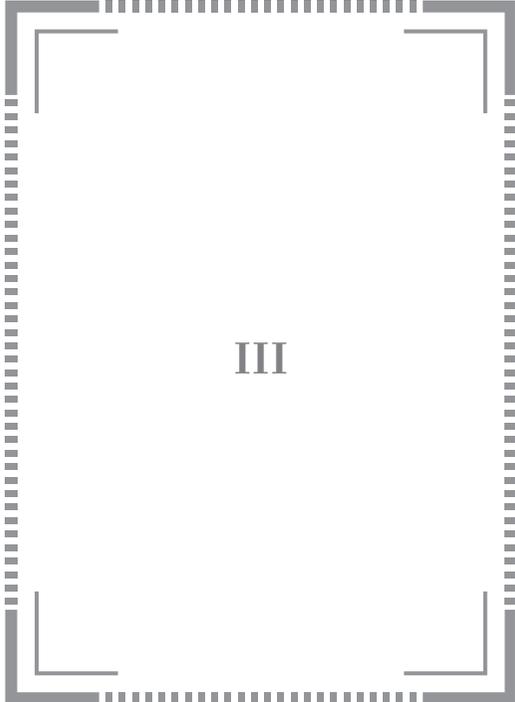
III

Al pasar por el bosque, «Caperucita Roja» se encontró al compadre Lobo, que al ver una niña tan linda y regordeta, sintió grandes deseos de comérsela. No se atrevió a hacerlo sin embargo, porque había por allí cerca algunos leñadores cortando leña. Deseoso, no obstante, de detenerla en su camino, le preguntó:

— ¿A dónde vas, preciosa <Caperucita Roja>?

La pobre niña, no sabiendo, por su desgracia, lo peligroso que es detenerse a escuchar a un lobo, le contestó:

— Voy a ver a mi abuelita que está enferma, y a llevarle de parte de mi mamá, unas tortas y un pote de manteca.



III

IV

El lobo no acababa de resignarse a perder tan buen bocado como la niña le ofrecía, y por eso la entretuvo preguntándole además:

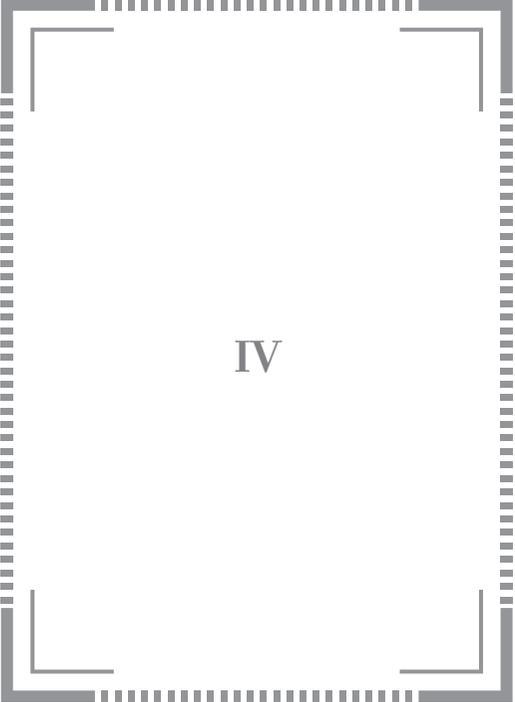
— ¿Vive muy lejos tu abuelita?

— Sí contestó «Caperucita».— Vive al otro lado del bosque, más allá del molino, en la primera casa que se encuentra,

— Perfectamente — replicó el lobo.—

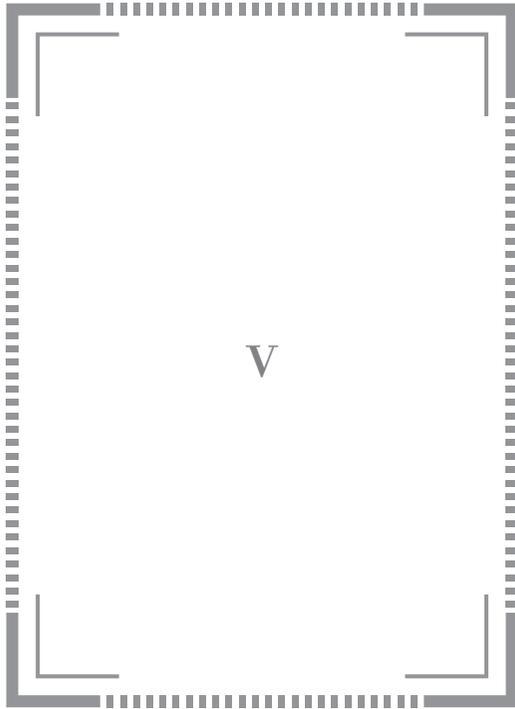
Yo también quiero ir a ver como sigue de su importante salud. Yo iré por ese camino, mientras tú vas por aquel otro y veremos a ver quien llega antes.

Me han dicho que eres una excelente corredora.



IV





V



V

Picó así el lobo el amor propio de la niña, quien al separarse de él echó a correr con toda ligereza, pero después, poco conocedora de los vericuetos del bosque, se perdió por unos momentos.

Además los avellanos cargaditos de fruto, la hacían detenerse con frecuencia. Las mariposas en su rápido vuelo la entretenían haciéndola corretear detrás de ellas, y por último, las florecillas que encontraba a su paso, parecían invitarla a formar un lindo ramo que ofrecer a su querida abuelita como complemento del obsequio de las tortas y la manteca.

VI

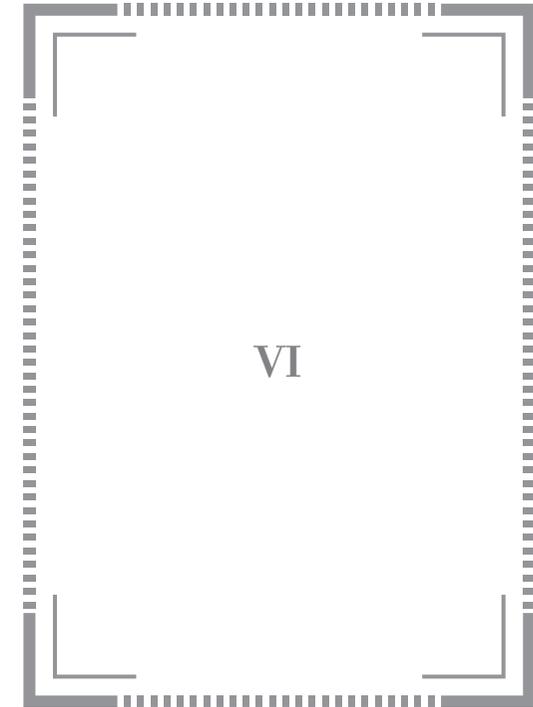
El lobo, en cambio, conocía uno por uno todos los atajos de la espesura y su piel gruesa y áspera le permitía intrincarse por entre los zarzales sin miedo de pincharse con la maleza. Sus cuatro patas ligeras le hacían veloz como el rayo, y en consecuencia llegó a casa de la abuelita de «Caperucita Roja» en un santiamén.

Cuando se vió delante de la puerta llamó a ella quedito.

— ¿Quién es? — preguntó la anciana desde dentro.

Y el lobo contestó:

— Soy vuestra nieta «Caperucita Roja» y os traigo tortas y manteca, de parte de mi madre.



VI



VII

La buena abuelita, que a causa de su enfermedad estaba en la cama, gritó desde ella:

— Descorre el cerrojo y entra, pues la puerta no esta cerrada por dentro.

El lobo, obedeciendo a la buena mujer, describió el cerrojo y la puerta se abrió. Entonces se arrojó sobre la anciana, y en menos tiempo que tarda en contarse, la devoró. Llevaba tres días sin comer y tenía un hambre terrible.

No hay que decir que aquel banquete le vino de perlas, y que, como era un lobo, no tenía conciencia y por lo tanto se quedó tan fresco después de su horrible fechoría. Sin embargo no podía menos de relamerse pensando en un banquete más tierno y sabroso.

VII

VIII

Con tan dulces esperanzas el lobo fué a acostarse en el lecho de la pobre vieja, su desgraciada victima, después de haberse puesto su cofia y su camisón y de haberse colocado también las gafas de la anciana en su fea nariz.

Así esperó a «Caperucita Roja», quien después de corretear por el bosque a su placer, llegó al caer de la tarde.

El lobo desde la cama la oyó llegar cantando y saltando y la oyó también llamar a la puerta con los nudillos:

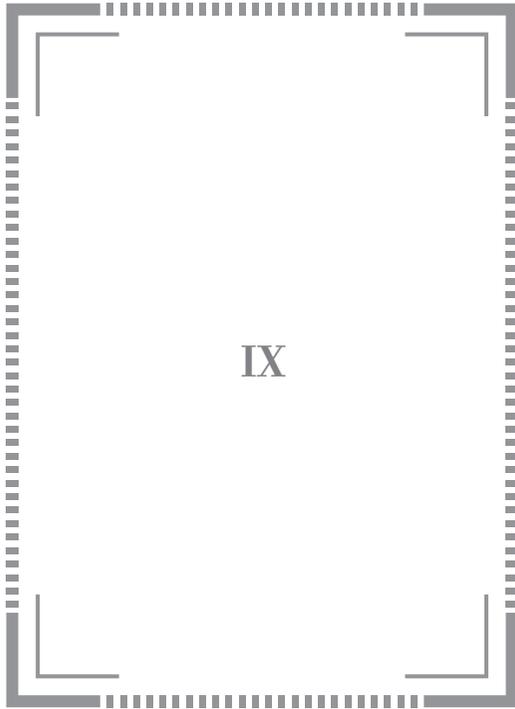
¡tan, tan!

— ¿Quién es? —preguntó el lobo desde la cama.

Y aunque procuró dulcificar su voz cuanto le fué posible, estas palabras sonaron como un áspero gruñido a través de la puerta.

VIII





IX

Al oír la voz ronca del lobo, «Caperucita» sintió un poco de miedo, pero pronto se tranquilizó recordando, que cuando su abuelita estaba resfriada, y ahora debía estarlo, pues hacía tres días que no se levantaba de la cama, también tenía la voz ronca. Un poco más tranquila contestó:

— Soy vuestra nieta «Caperucita» y os traigo tortas y manteca de parte de mi madre.

Siempre procurando endulzar su voz, el lobo contestó lo mismo que a él le había contestado la infortunada abuela:

— Descorre el cerrojo y entra. La puerta no está cerrada por dentro.

«Caperucita Roja» descorrió el cerrojo y entró.

X

Al verla entrar el lobo, subió el embozo de la sabana para taparse mejor y dijo a la niña:

— Pon las tortas y la manteca encima de la cómoda, y acuéstate a mi lado.

La desgraciada «Caperucita» al acercarse al lecho, quedó asombrada de la extraña facha de su abuelita. Y no pudo por menos de decirle:

— Abuelita ¡qué brazos tan grandes tienes!

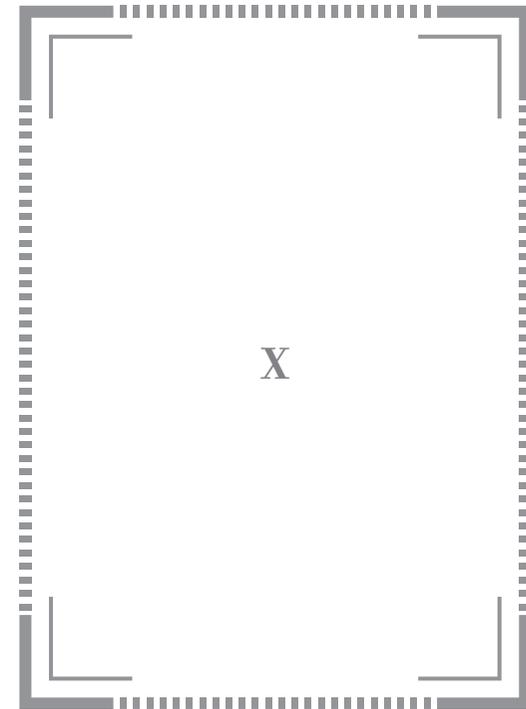
— ¡Para abrazarte a ti mejor!

— Abuelita, ¡qué orejas tan grandes las tuyas!

— ¡Para poderte escuchar mejor!

— Abuelita, ¡qué piernas tan largas!

— ¡Para correr detrás de ti mejor!





XI

Cada vez más aterrorizada, «Caperucita» seguía diciendo:

– Abuelita, ¡qué narices tan grandes tienes!

– ¡Para poderte oler mejor!

– Abuelita, ¡qué ojos tan grandes tienes!

– ¡Para poderte mirar mejor!

– Abuelita, ¡qué dientes tan enormes los tuyos!

– ¡Para devorarte a ti mejor!

Y esto diciendo, el infame Lobo se lanzó sobre «Caperucita Roja» y la devoró. Después se echó a dormir. Estaba muy cansado y por otra parte no creía correr ningún peligro. Le sobrecogió un profundo sueño... del que no se despertó más.

XII

Porque a todo esto, habiendo echado de menos la madre de «Caperucita» a la niña, se dirigió a casa de la abuela en plena noche, atravesando el bosque. Los mozos de la aldea, para que ningún peligro pudiese alcanzar a la buena mujer, la acompañaron y ¡cual no sería su sorpresa! al llegar a la casita de la anciana y encontrarse al lobo durmiendo tan tranquilo en la cama de la viejecita.

Entre todos consiguieron matarlo, aunque sin atravesarle con bala ni cuchillo, y una vez muerto, le abrieron la tripa de arriba a bajo... y de ella salieron un poco sofocadas y estropeadas «Caperucita Roja» y su abuela. Así se salvó la niña, pero nunca olvidó lo peligroso que es detenerse a departir con lobos en el bosque.

FIN

XI

XII



© de los textos e ilustraciones: sus autores

Contenido del facsímil perteneciente al Fondo Antiguo del CEPLI

Edita: CEPLI. Universidad de Castilla-La Mancha, 2024



Biblioteca
Solidaria



Universidad de
Castilla-La Mancha



MINISTERIO
DE CIENCIA, INNOVACIÓN
Y UNIVERSIDADES

